

Democratización y cultura política en el Este de Europa

Trinidad Noguera Gracia

1. Aspectos generales

Desde la publicación de *The Civic Culture* por Gabriel Almond y Sidney Verba en los años sesenta hemos asistido a una amplia y aún no concluida polémica en ciencias sociales. Partidarios y detractores se esfuerzan en buscar respuestas a las cuestiones que el nuevo enfoque ha dejado abiertas, especialmente las relativas a la ambigüedad del propio concepto, su capacidad explicativa y su difícil cuantificación. La cultura política se ha convertido en un referente ineludible.

En el ámbito de la teoría de transiciones, los científicos sociales han dirigido su atención, por un lado, hacia las posibilidades de supervivencia o nacimiento y desarrollo de una cultura política democrática en un contexto autoritario. Por otro, hacia el papel que dicha cultura política desempeñaría en caso de democratización. Las páginas que siguen pretenden recorrer algunos de esos análisis —y sus conexiones con otras perspectivas teóricas—, ilustrados con los recientes ejemplos de cambio de régimen en Europa del Este.

1.1. CULTURA POLÍTICA: DEFINICIONES

En el primer capítulo de *The Civic Culture Revisited*, Almond recoge varias definiciones del concepto de cultura política, con el fin de añadir precisiones a la suya propia. Según el autor, la cultura política comprende «cognitive, affective and evaluative orientations to political phenomena, distributed in national populations or in subgroups» (Almond, Verba; 1989: 26). Una segunda perspectiva, representada por Samuel Beer, hace hincapié en los elementos simbólicos y el sistema de creencias: «political culture orients a people toward a polity and its processes, providing it with a system of beliefs (a cognitive map), a way of evaluations, and a set of expressive symbols» (íbidem). En tercer lugar, Lucian Pye, Sidney Verba y Robert Dahl se centran en la catalogación de los elementos presentes en el término, en la misma línea seguida después por Almond y Powell (op. cit., p. 28), quienes sistematizan

el concepto de acuerdo con tres dimensiones: «*system*» culture (orientaciones hacia el régimen, las autoridades y la comunidad política), «*process*» culture (percepciones respecto a la propia capacidad en política, y actitudes hacia el resto de actores), y «*policy*» culture (preferencias en cuanto a la respuesta –output– y satisfacción efectiva –outcome– de las demandas por parte del sistema). A su vez, las citadas orientaciones pueden ser de tres tipos: cognitivas (creencias, informaciones y análisis), afectivas (sentimientos de adhesión, aversión o indiferencia), y evaluativas (juicios morales). Las tres dimensiones y los tres tipos de orientaciones se encuentran interrelacionados, de modo que las modificaciones en un nivel repercuten en mayor o menor medida sobre los restantes. Otra cuestión es el grado de estabilidad de los distintos componentes del concepto, así como su relación con el comportamiento político. El siguiente apartado se ocupa de todo ello.

1.2. ACTITUDES, VALORES Y COMPORTAMIENTO. DIFERENCIACIÓN Y RELACIONES

De acuerdo con la perspectiva de Almond y Verba, en la cultura política es posible distinguir un «núcleo duro» compuesto por valores y creencias relativamente resistentes al cambio, de una esfera más superficial a la que pertenecen las actitudes (op. cit., p. 401). Así pues, se pueden situar actitudes y valores en un continuum según la menor o mayor «profundidad», entendida como resistencia al cambio, y en donde también tendrían cabida las opiniones:

-	+
OPINIONES	VALORES

- **OPINIONES:** ondas superficiales de la conciencia pública, altamente susceptibles a las modificaciones de las corrientes que Elisabeth Noelle-Neumann denomina «clima de opinión» (Noelle-Neumann; 1995).

- **ACTITUDES:** Ligadas a percepciones concretas relativas al funcionamiento del régimen, la relación con otros actores o la información recibida a través de los medios de comunicación, las actitudes pertenecen a un nivel más profundo que las opiniones. Aunque resultan

menos volubles, son modificables en el corto o medio plazo.

- **VALORES:** Elementos estables, que varían en el largo plazo. Recogen creencias y memorias a menudo transmitidas por vía intergeneracional, adquiridas principalmente a edades tempranas, durante las primeras etapas de socialización.

La segunda cuestión a considerar aquí es la relación de la cultura política con el comportamiento. Según una larga tradición antropológica, existe una estrecha correlación entre valores y comportamiento, de modo que éste vendría a ser un reflejo bastante aproximado de aquellos; su observación constituiría un indicador suficiente del sistema de valores presente en una determinada comunidad. Sin embargo, esta perspectiva presenta numerosos puntos flacos. En sociedades democráticas parece razonable esperar que no existan divergencias importantes entre las actuaciones públicas de los ciudadanos y sus creencias privadas. En cambio, se producen a menudo divergencias en absoluto despreciables. Una posible explicación del fenómeno es la teoría de la «espiral del silencio», según la cual el temor del ser humano al aislamiento le induce a comportarse y manifestar en público opiniones distintas de las sostenidas en privado, sacrificando la coherencia en aras de la pertenencia al grupo (Noelle-Neumann; 1995: 260).

Bajo regímenes autoritarios o totalitarios, se produce lo que Timur Kuran denomina «falsificación de preferencias» (Kuran, en Bermeo; 1992: 7-48): las preferencias privadas difieren de manera radical de las sostenidas en público. En esta situación, el miedo no sólo al aislamiento, sino a la represión, genera una actitud generalizada de aparente conformismo. El consenso pasivo viene impuesto por la necesidad de sobrevivir en el sistema, al que no todos se encuentran en condiciones de desafiar. El precio pagado por la falsificación de preferencias es el de la integridad de la conciencia individual y el desarrollo en la sociedad de una doble moral, con sus rutinas de desconfianza, frustración e insolidaridad (ver *infra*). Uno de los grandes errores de los regímenes comunistas del Este de Europa fue la fe ciega en su capacidad para modificar de raíz la conciencia de sus ciudadanos, y la creencia de que el seguimiento público de las consignas oficiales significaba sin más el éxito de la resocialización en los principios del marxismo-leninismo.

mo. Si en algún momento los gobernantes sospecharon que no era así, desde luego despreciaron la importancia de la esfera privada, considerándose satisfechos con mantener el control sobre las conductas públicas.

1.3. CULTURA POLÍTICA Y DEMOCRATIZACIÓN: ¿CAUSA O CONSECUENCIA?

En el debate sobre las condiciones que hacen posible el surgimiento de la democracia, la cultura política es una de las explicaciones invocadas con más frecuencia. Una interpretación radical de esta perspectiva significa atribuir valor causal directo a un determinado conjunto de actitudes, valores y creencias favorables a la democracia, de modo que:

- Existiendo entre la población un consenso más o menos amplio a favor de las mismas, éstas serían condición suficiente para provocar el cambio de régimen.
- Su inexistencia imposibilitaría la aparición de la democracia (sería también condición necesaria).
- Se sobreentiende que es posible la supervivencia, o, en su caso, el nacimiento de dichos valores, creencias y actitudes en un contexto autoritario o totalitario.

Autores como Dankward Rustow y Philippe Schmitter (Rustow; 1970: 337-363 y Schmitter; 1992: 18) niegan este valor causal directo a la cultura política. Sostienen que no es condición necesaria, puesto que la historia nos proporciona ejemplos de democratizaciones en ausencia de una cultura política democrática ampliamente compartida por la población. Tampoco condición suficiente, puesto que por sí sola es incapaz de provocar el derrocamiento del régimen autoritario: éste puede sobrevivir durante décadas aunque buena parte de la población lo considere ilegítimo, y sostenga privadamente valores y creencias democráticas (así fue, de hecho, en Europa del Este). En realidad, Rustow y Schmitter entienden que no hay precondiciones fijas y generalizables a todos los casos de transición hacia la democracia, más allá de la existencia de un consenso entre la población a propósito de la unidad nacional a la que pertenecen (Rustow; op. cit.).

Sin embargo, algunas democratizaciones recientes, como las de Checoslovaquia y la RDA¹, nos obligan a reconsiderar incluso esta condición mínima.

Si la cultura política no es causa directa de la democracia, ¿es entonces consecuencia de ella? Barrington Moore se inclina en esta dirección: la cultura política es fruto de la existencia de unas normas y estructuras determinadas, por lo tanto un contexto democrático debe revertir en el surgimiento de creencias, valores y actitudes favorables a la democracia. Implícitamente, esto supone que en un régimen autoritario no es posible la aparición de estos elementos, e incluso, en el largo plazo, ni siquiera la supervivencia de aquellos preexistentes, heredados de anteriores experiencias democráticas. No obstante, numerosas señales nos inducen a pensar no sólo que los valores democráticos vinculados a memorias del pasado resultan altamente resistentes a la erosión por parte del régimen autoritario, sino que además ciertos elementos propios de una cultura política democrática se gestan incluso en estas condiciones desfavorables (si bien se ven obligadas a recluirse en el ámbito privado). La perspectiva más arriba aludida parece atribuir a los regímenes totalitarios una capacidad resocializadora que han demostrado no tener (Maravall; 1995: 266).

Un punto de vista conciliador de los dos extremos descritos —la cultura política como causa y la cultura política como efecto de la democracia—, es el que postula la existencia de una relación probabilística entre ambas (Maravall; 1995: 251-286 y Schmitter; 1992: 18). La presencia de cierta cultura política democrática —por imperfecta que sea— en una comunidad, incrementa las posibilidades de éxito en caso de democratización, suavizando la transición y facilitando la creación de las nuevas reglas del juego. En este sentido, la cultura política tiene un valor causal relativo. La consolidación del nuevo régimen es asimismo más probable (volveremos sobre ello), al ponerse en marcha un mecanismo de retroalimentación (Morlino; 1986: 16): los valores favorables a la democracia apoyan la construcción y permanencia en el tiempo de las instituciones, normas y rutinas que le son propias, mientras que, a su vez, el funcionamiento democrático facilita la profundización de aquellos valores. Así pues, la cultura política es también efecto de la democracia.

1.4. RELACIÓN LEGITIMIDAD - CULTURA POLÍTICA

Siguiendo a Max Weber, Leonardo Morlino define la legitimidad como «un conjunto de actitudes positivas hacia el sistema político considerado como merecedor de apoyo» (Morlino; 1985: 177). Se trata de una variable decisiva de cara a la consolidación de un nuevo régimen, dado que ésta no se agota en el nivel estructural (fijación de normas, instituciones y reglas del juego), sino que alcanza la esfera de las relaciones entre estructura y comunidad política, donde «consolidación» significa precisamente «progresiva ampliación de la legitimidad del régimen» (Morlino; 1986: 16).

Ahora bien, ¿de dónde proceden esas actitudes de apoyo? En la respuesta a esta pregunta se encuentra el vínculo entre legitimidad y cultura política. Morlino señala dos dimensiones dentro de la legitimidad (Morlino; 1985: 175-217): la primera de ellas es la *legitimidad difusa*, que comprende valores e ideologías legitimantes, símbolos, mitos y tradiciones de duración y lealtad a las autoridades e instituciones —elementos todos pertenecientes al ámbito de la cultura política—. La segunda dimensión es la *legitimidad específica*, entendida como *satisfacción relativa* de la población con respecto al nivel de cumplimiento de demandas por parte del régimen. La legitimidad específica está vinculada a variables del tipo de la eficacia decisoria, los canales de transmisión de demandas y el nivel de necesidades existente.

Según Morlino, ambas dimensiones se comunican (Morlino; 1985: 188), de modo que la existencia de legitimidad difusa ayuda al régimen a implementar políticas exitosas en cuanto al grado de satisfacción de demandas, y a su vez el incremento de legitimidad específica por la satisfacción de demandas refuerza las actitudes, valores y creencias de apoyo al sistema que forman parte de la legitimidad difusa. En otras palabras, una vez más, la presencia de una cultura política democrática mejora el funcionamiento del sistema, al tiempo que el buen funcionamiento del sistema apuntala los pilares de la cultura política democrática (ver *supra*).

1.5. LA EXISTENCIA DE DEMÓCRATAS EN EL ESTE DE EUROPA

Las democratizaciones se producen «incluso sin demócratas», según sostiene Philippe Schmitter (Schmitter; 1992: 18), pero parece claro que su presencia puede allanar bastante el camino hacia la institucionalización del nuevo régimen. De nuevo estaríamos aquí ante una relación probabilística, aunque no mecánica: un alto número de demócratas convencidos facilitará el tránsito hacia la democracia, siempre que sepa «jugar bien sus cartas», con el resto de actores —autoritarios y no autoritarios— y con las circunstancias del momento². Ahora bien, ¿quienes son los demócratas, y de dónde proceden? Pueden ser de dos tipos, «convencidos» (los disidentes, aunque con algunos matices), o «de última hora» (los oportunistas). Cabe argumentar que en los regímenes del Este de Europa existían numerosos «demócratas convencidos» que sin embargo no adoptaron posiciones de disidencia. No se incluyen aquí porque, debido a la falsificación de preferencias, antes de la caída del comunismo resultaba políticamente invisible su condición de demócratas a ojos tanto del régimen como de sus conciudadanos. Volveremos sobre ellos al hablar de Checoslovaquia.

a) *Los disidentes*: A lo largo de toda la etapa comunista persistieron, amparados en la clandestinidad de ciertas comunidades domésticas, valores y creencias que desafiaron los mecanismos de resocialización de los regímenes (Maravall; 1995: 265), convirtiéndose en focos de disidencia. En países con experiencias democráticas anteriores, estos valores se vinculaban a las memorias del pasado no autoritario (es el caso de Checoslovaquia, especialmente la zona checa). Allí donde no existieron tales experiencias, sobrevivieron elementos propios de la sociedad tradicional, que contradecían los valores impuestos por el régimen. En muchos casos, los núcleos de disidentes estuvieron ligados a la religión (Polonia), a tensiones nacionales (Eslovaquia, Kosovo, la Voivodina), o bien al incremento de la educación y la industrialización (Bulgaria) y los contactos con el exterior (Hungría). El comunismo reprimió, pero no logró suprimir el disenso, que reaparecía públicamente en oleadas cada cierto tiempo: Alemania Oriental

en 1953, Hungría en 1956, Checoslovaquia en 1968, y de nuevo en los años setenta con Solidaridad en Polonia, la oposición intelectual en Hungría y la Carta 77 en Checoslovaquia. En cuanto a las características de estos disidentes hay que señalar que se trata en realidad de minorías desorganizadas, compuestas esencialmente por intelectuales, estudiantes y artistas, concentrados en las ciudades más importantes, y que debido a su marginalidad eran incluso tolerados por el régimen, que no los consideraba una auténtica amenaza (González; 1996: 33). Sólo en momentos clave, como algunos de los más arriba mencionados, lograron movilizar a sectores amplios de la población, ante lo cual los gobernantes respondieron con la coerción, apoyada por tropas soviéticas y del Pacto de Varsovia. El resto del tiempo, los disidentes permanecieron aislados de sus conciudadanos. A menudo eran observados con cierta mezcla de respeto y recelo, por tener la voluntad, el valor y los medios para manifestar abiertamente creencias que los demás callaban. Ahora bien, dentro de la disidencia hay que referirse a un grupo especial: el de los antiguos miembros de la *intelligentsia* del régimen, que «desertan» para unirse a la oposición democrática. En cierto modo, se encuentran a mitad de camino entre los demócratas convencidos y los oportunistas. Desde los años setenta numerosos intelectuales tradicionalmente leales comienzan a mostrarse críticos con el régimen, cuyo colapso económico empieza a ser evidente. El sistema no soporta la comparación con occidente, cada vez es menos capaz de competir en productividad, calidad y tecnología. En Hungría, aparecen estudios económicos que denuncian la ineficacia del *kadarismo*; denuncias semejantes se producen también en Polonia y Checoslovaquia. La consecuencia más importante de la desertión de la *intelligentsia* fue la quiebra de una fuente principal de legitimación de los regímenes. Los intelectuales habían sido hasta entonces el 'espejo' en el cual los gobernantes se veían reflejados; su retirada les llena de confusión y siembra en ellos las primeras dudas sobre su propio derecho a gobernar (Schöpflin; 1996: 227-229, y Di Palma, en Bermeo; 1992: 49-80).

b) *Los oportunistas*: Cuando los primeros síntomas de cambio se hacen evidentes (1988 en Hungría y Polonia, 1989 en el resto de países), aumenta desmesurada y sorprendente-

mente el número de los que se declaran demócratas. Buena parte de ellos pertenecen a los sectores de población que falsificaron sus auténticas preferencias durante el comunismo (ver *supra*), decididos por fin a «vivir en la verdad» (Havel; 1958). Pero otros muchos son comunistas verdaderos, que se limitan a «apuntarse al caballo ganador» (Noelle-Neumann; 1995). En 1989, la democracia se presenta como la única alternativa posible para la mayoría de países del área. Así, los antiguos comunistas intentan evitar juegos de suma cero, acomodando su posición a las nuevas circunstancias del mejor modo posible. Puesto que temen ser objeto de exclusión e incluso represalias por parte de los demócratas convencidos (especialmente de aquellos a los que perjudicaron durante el régimen anterior), buscan el modo de «confundirse» con ellos: justifican su anterior apoyo al comunismo presentándose a sí mismos como víctimas. Un nuevo proceso de falsificación de preferencias tiene lugar en la etapa postcomunista. En palabras de Timur Kuran, «as noncommunists threw off their masks in joy and relief, many genuine communists slipped on masks of their own - masks depicting them as the helpless functionaries of a repressive system, as former preference falsifiers thrilled to be speaking their minds after years of silent resentment» (Kuran, en Bermeo; 1992: 41).

2. El ejemplo de Checoslovaquia

El comunismo tuvo siempre un carácter impuesto en Checoslovaquia (González; 1996: 15-25). La victoria electoral del Partido Comunista Checo en 1948, que supuso la exclusión casi inmediata de cualquier tipo de disidencia, vino de hecho precedida por la manipulación del sistema electoral y de partidos. No obstante, es cierto que Checoslovaquia era prácticamente el único país del área donde existía un partido comunista fuerte. La fuente principal de sus apoyos tras la Segunda Guerra Mundial procedía del papel desempeñado en la lucha contra el nazismo; buena parte de la población veían en las tropas rusas a los libertadores de la patria, y los

comunistas participaron de ese halo de heroicidad. Sin embargo, esos apoyos fueron erosionándose a medida que se confirmaba la subordinación a la URSS del gobierno y el partido. El descontento popular por la dominación exterior soviética estuvo en la base de uno de los grandes problemas del régimen: el de la legitimación.

2.1. PROBLEMAS DE LEGITIMACIÓN DEL COMUNISMO CHECO

A lo largo de sus cuarenta años de monopolio del poder, el comunismo checo ensayó distintas fórmulas de legitimación. La fórmula inicial respondió a lo que Di Palma llama «*legitimation from the top*» (Di Palma, en Bermeo; 1992: 55-67), en una doble vertiente: desde el punto de vista ideológico-filosófico, se postulaba la superioridad moral y científica de las verdades del marxismo-leninismo, cuya ejemplaridad habría de ser finalmente comprendida y reconocida por occidente. El paso del tiempo desmintió este último supuesto, y puso de manifiesto la inmensa distancia que separaba las consignas oficiales de la realidad cotidiana del sistema comunista. La propaganda del régimen suscitaba entre los ciudadanos una mezcla de escepticismo e ironía, imprudentemente ignorada por las élites.

La segunda vertiente de la legitimación desde arriba es la que podríamos llamar «tecnocrática». Los gobernantes buscaban el apoyo de los cuadros de intelectuales y especialistas, que garantizaban al régimen una imagen positiva de sí mismo. El distanciamiento de la intelligentsia supuso la quiebra de dicha imagen e introdujo gran confusión en la coalición dominante (Schöpflin; 1996: 228). La Primavera de Praga ejemplifica la importancia de este factor: cuando la intelligentsia intenta introducir reformas en el sistema, este reacciona —con la inestimable ayuda soviética— separándolos, y sustituyéndolos por nuevos cuadros ligados a la ortodoxia, que no siembren amenazadoras dudas. En 1989 el régimen no cuenta ya con esa posibilidad de recambio.

Cuando la «*legitimation from the top*» no resultó suficiente, se combinó con el recurso a la retórica nacionalista. El internacionalismo proletario de la primera etapa fue relegado a un segundo lugar durante el post-estalinismo.

En todos los países del área se intentó un difícil equilibrio entre «la amistad con la Unión Soviética» y la permisividad para con los sentimientos nacionales de las poblaciones, cuyo apoyo se pretendía ganar por esta vía (González; 1996: 78). En Checoslovaquia el nuevo discurso oficial mezclaba los lemas comunistas con el folklore y la historia del país, en un intento de presentar al comunismo como un hecho inevitable y glorioso. Tampoco tuvo empacho en manipular las rencillas ancestrales entre checos y eslovacos, con el fin de desviar la atención popular del auténtico opresor nacional, la Unión Soviética. Constituyó además un arma de primer orden a la hora de eliminar demandas y personajes molestos: en 1969, los puestos de poder y prestigio que quedaron vacantes tras la purga de los reformistas fueron cubiertos con eslovacos. Tradicionalmente, Eslovaquia había estado al margen tanto del avance económico como de las posiciones privilegiadas. Con aquel mecanismo se pretendió comprar la estabilidad y la adhesión al régimen de la zona eslovaca. Los eslovacos obtuvieron una cierta victoria sobre los checos, a los que siguieron considerando a pesar de todo sus opresores, mientras que los checos acusaban a los eslovacos de haberles traicionado, beneficiándose de la mayor represión sufrida por los países checos durante la *normalización* (Brown; 1994: 54).

Durante los años sesenta el régimen recurre a un nuevo elemento, que podríamos llamar «legitimación por los resultados». A lo largo de toda su historia, la propaganda oficial había insistido en la superioridad económica e incluso tecnológica del comunismo frente a occidente. Sin embargo, esa supuesta superioridad no se había visto reflejada en mejores niveles de vida para la población. En la década de 1960 se pone en marcha un pacto tácito entre el régimen y la población: la aquiescencia pasiva de los ciudadanos, tendría como contrapartida una cierta «tolerancia respecto de los intereses privados y de una “segunda economía” creciente» (Maravall; 1995: 267). La mejora —limitada— del bienestar de la población benefició particularmente a la intelligentsia, cuyo favor era fundamental para el régimen (ver *supra*). A cambio de su apoyo público, los cuadros accedieron a bienes hasta entonces inusuales: automóviles, segundas residencias en los alrededores de Praga, estan-

cias de descanso en balnearios como Karlovi Vari, e incluso vacaciones pagadas en Hungría o Bulgaria. Aparte los efectos perversos de este intercambio, en forma de corrupción, clientelismo y doble moral, el comunismo checo consiguió a través del mismo únicamente consenso pasivo, pero no auténtica legitimidad. En último extremo, cuando todas las demás mecanismos fallaron, el régimen se sostuvo por el hecho del poder mismo. En palabras de George Schöpflin, «the party insisted on its monopoly rule because it held power and there was no alternative» (Schöpflin; 1995: 267). El régimen contaba con el respaldo del gran aliado soviético y su capacidad coercitiva, que garantizaba, al menos, la obediencia por parte de la población. De ahí que la retirada de ese respaldo redundara casi inmediatamente en un clamor popular a favor de la disolución de un sistema que había sido más soportado que apoyado.

2.2. LA RESOCIALIZACIÓN COMO INTENTO FALLIDO

Los intentos de legitimación más arriba enumerados formaban parte de un proyecto de resocialización global de la ciudadanía en los valores del marxismo-leninismo, que se llevó a cabo a través de diversos canales. En los años cincuenta se puso en práctica una estrategia de tipo estalinista: fue el momento álgido de penetración en la sociedad. A la represión de la disidencia y las purgas dentro del propio Partido Comunista Checo, acompañaron el estrecho control sobre el sistema educativo y los medios de comunicación, sometidos a rigurosa censura. Una baza frecuente de la propaganda oficial fueron los «procesos espectáculo» contra los supuestos traidores, entre ellos el después presidente Gustáv Husák. A menudo los procesos incluyeron la publicidad de conversaciones privadas grabadas clandestinamente por los omnipresentes espías al servicio de la STB (Státní Tajná Policie), la temida policía política, con el objetivo de desprestigiar a personajes que gozaban de favor popular, pero no eran del agrado del régimen. Si durante los primeros años de la década de los sesenta pareció producirse un relajamiento en el uso de estas prácticas, tras la Primavera de Praga fueron retomadas. Alexandr Dubček,

líder de los reformistas, fue obligado a retratarse públicamente de sus anteriores herejías contra la ortodoxia comunista, tras haber sido conducido a Moscú en los primeros momentos de la invasión soviética de agosto de 1968. Otro ejemplo es el de las conversaciones entre el novelista Jan Prochazka y el profesor Václav Černý, ambas voces destacadas y muy populares durante la Primavera de Praga, que fueron emitidas en serie por la radio checa en 1970. El régimen trataba de hacer valer su superioridad poniendo en evidencia a sus enemigos; sin embargo, la población interpretaba exactamente lo contrario, esto es, la debilidad de unos gobernantes que tenían que ampararse en tácticas mezquinas y en la amenazadora sombra de la URSS para obtener obediencia. El calado de la resocialización fue muy limitado, en la medida que no logró concitar auténtica legitimidad —entendida como adhesión y apoyo activo al sistema— sino únicamente consenso pasivo, gracias en parte a la coerción y en parte al «vivir y dejar vivir» implícitamente pactado entre régimen y ciudadanos³. No obstante, las reacciones ante los intentos de resocialización y autolegitimación del régimen no fueron las mismas en toda la población. Cabe hablar de dos sectores, con dos tipos de comportamiento diferentes: la mayoría desmovilizada y la minoría disidente.

a) *La mayoría desmovilizada*: Teniendo presente la distinción entre actitudes, valores y comportamiento (ver *supra*), buena parte de la población checa a lo largo de cuarenta años de comunismo desarrolló comportamientos que contradecían dolorosamente sus valores privados. La adhesión pública al régimen tenía como contrapartida la posibilidad de vivir con ciertas garantías de tranquilidad y hasta de bienestar. Los símbolos —lemas, banderas, manifestaciones—; las ceremonias —por ejemplo, la conmemoración, cada 21 de agosto, de la entrada de las tropas soviéticas en Praga—, y determinados actos —firma de panfletos contra los opositores al régimen, e incluso denuncias ocasionales contra amigos o conocidos—, eran las armas con que la población obtenía del régimen educación universitaria para los hijos, permisos para viajar al extranjero, o, simplemente, la paz de pasar desapercibidos, desempeñando el trabajo diario sin recibir molestias ni amenazas. Es difícil saber hasta qué punto los gobernantes eran conscientes de la falsifi-

cación de preferencias, pero sí parece evidente su escaso interés por el fenómeno: con el fin de la etapa estalinista, la penetración de las conciencias pareció un bien fácilmente sustituible. Las creencias privadas no tenían importancia, siempre que el grueso de la población fuese sumisa y diese muestras de adhesión pública cuando le fuesen requeridas. Las élites del partido y el gobierno despreciaron los efectos de la falsificación de preferencias, que degeneraron en un clima social de desconfianza y frustración. A la postre, ese clima resultó ser pernicioso para el propio sistema, al que se percibía cada vez más como un constructo anquilosado, falto de futuro. Havel hablaba de la «imposibilidad de vivir en la verdad», de la existencia de una línea divisoria que atravesaba la conciencia de los ciudadanos, convirtiendo a cada uno de ellos «a la vez en víctima y en soporte del sistema» (Havel; 1985: 37). La doble moral tuvo su reflejo también en el terreno económico, donde la transigencia para con una «segunda economía» dio lugar a rutinas de corrupción, fomentó el ansia consumista entre la población, e hizo caer en picado la productividad nacional, ya de por sí en declive desde los años sesenta. Pero la deslegitimación y la falta de fe no es suficiente para el derrocamiento de un autoritarismo, ni nos autoriza tampoco a deducir automáticamente que la democracia goce de apoyo arraigado y masivo⁴. Para el caso checo, sin embargo, es factible tal deducción, aunque con matices. Como ya se ha señalado, y de acuerdo con numerosos autores, sí existía entre la población una embrionaria cultura política democrática, constituida por valores y creencias vinculados en su mayoría al recuerdo idealizado de la I República y su artífice, Masaryk (Maravall; 1995, Brown, A.; 1984, Wolchik; 1990). Pero al estar condenadas a la clandestinidad, las personas no tenían modo de saber cuántos de sus conciudadanos compartían sus creencias y se sentían alienados por el sistema –situación que Timur Kuran denomina «ignorancia pluralista» (Kuran, en Bermeo; 1992: 7-48)–. El temor a no ser secundados, con los consiguientes riesgos de represión y aislamiento, les impedía movilizarse y expresar públicamente sus preferencias. Sólo cuando resulta evidente que el descontento es masivo, y los costes de la acción colectiva comienzan a parecer tolerables, es posible para la mayoría de la población

atravesar el «umbral revolucionario», especie de arco del triunfo que separa la apatía generalizada de la protesta multitudinaria. La trasposición de dicho umbral es, según Kuran, el punto álgido en el que se decide el futuro de un régimen autoritario. En Checoslovaquia, ese paso crucial tuvo lugar entre el 17 y el 29 de noviembre de 1989.

b) *La minoría disidente*: El comunismo checo no tuvo que hacer frente a movimientos de oposición importantes. La disidencia se localizaba en Praga, Brno y Bratislava, y estaba compuesta por grupos pequeños, desorganizados y semiclandestinos, prácticamente aislados entre sí y del resto de la población. Por otra parte, ésta era la tónica general en casi todos los países del este, exceptuando Polonia. Según Kuran, los disidentes son aquellos para los cuales el coste del silencio –en términos de integridad personal– es intolerablemente mayor que el de la represión, de modo que optan por romper con la falsificación de preferencias (Kuran, en Bermeo; 1992: 19). En Checoslovaquia, la disidencia se caracterizó por el pacifismo y la defensa de los derechos humanos, más que por la demanda abierta de democracia. Participaba de valores y creencias semejantes a los de la «mayoría desmovilizada» (ver *supra*), pero, al hacerlos públicos, se distinguía de ella, causando a la vez admiración y mala conciencia. La población recelaba del contacto con los disidentes por temor a suscitar las suspicacias del régimen. El recelo se relajó durante la Primavera de Praga, y volvió a crecer tras la invasión soviética. El movimiento más importante durante la *normalización* fue la Carta 77, donde encontraron acogida gran parte de los reformistas del 68. La Carta nació al amparo del Acta Final de Helsinki de 1975, que había sido suscrita por Checoslovaquia. Su propósito explícito era la defensa de los derechos humanos y la recta aplicación de la legislación que los amparaba por parte de las autoridades checas. En realidad, suponía un ataque encubierto al régimen, al denunciar la doble moral que sustentaba el pacto implícito entre gobernantes y ciudadanos, y sostenía, en última instancia, al propio sistema. Idealistas en exceso, y contagiados por el antipoliticismo de la propaganda oficial, los disidentes de la Carta 77 desconfiaban tanto del comunismo como del capitalismo. No estaba entre sus objetivos –ni entre sus

posibilidades— el derrocamiento del régimen, sino una ambigua tercera vía cuya clave sería la remoralización progresiva de la vida pública y la posibilidad de «vivir en la verdad». En definitiva, no contaban con un proyecto articulado y coherente, aunque la democracia formaba sin duda parte de su ideario. Desde 1977 a 1990, la Carta 77 tuvo 38 portavoces: escritores (como Václav Havel); periodistas, (Jirí Dientsbier o Jiří Ruml); filósofos (como Jiří Hajek); cantantes (Marta Kubisová); o científicos (por ejemplo, Václav Benda). Sus ideas se difundían dentro del país a través de *samizdat*, publicaciones que circulaban de forma clandestina, aunque las autoridades tenían conocimiento de su existencia. Pero, sobre todo, encontraban eco en el exterior. Los disidentes checos se mantenían en contacto con los polacos y los húngaros. En Europa occidental, los medios de comunicación recogían su discurso y daban noticias sobre sus avatares. Por esta vía indirecta la población —a la que era ya imposible impedir el acceso a dichos medios— recibía una imagen de los disidentes y una visión de los acontecimientos que sucedían en su propio país profundamente distinta de la oficial. A pesar de todo, las autoridades nunca consideraron que los disidentes constituyeran una verdadera amenaza (González; 1996: 33). Se permitían incluso el lujo de tolerar su existencia, con el fin de mejorar su maltrecho prestigio internacional, dando una impresión de pluralismo y respeto a los derechos humanos.

2.3. 1989: LA TRANSPOSICIÓN DEL UMBRAL REVOLUCIONARIO

Para que una población mayoritariamente desmovilizada pero disconforme con el régimen se decida a travesar el umbral revolucionario, expresando abierta y masivamente sus preferencias privadas (Kuran, en Bermeo; 1992: 16-33), es necesario que se den dos elementos fundamentales: percepción de una disminución de los costes de la acción y constatación de un aumento importante en el volumen de la disidencia.

El primero de esos elementos empieza a surgir tímidamente en Checoslovaquia con la renuncia de Gorbachov a la doctrina Brezhnev en los primeros meses de 1989. Acuciada por sus problemas internos, la URSS perdió la

voluntad de seguir comportándose como garante de la ortodoxia en el bloque entero. Pero al «dejar en libertad» a sus satélites, estos perdían uno de sus mecanismos fundamentales de obtención de obediencia, el recurso a la capacidad coercitiva soviética. El caso de los gobernantes checos fue especialmente significativo. Miloš Jakeš, junto a su homólogo germano-oriental Erick Honecker, representaba el último bastión de comunismo ortodoxo, hasta el punto de desafiar las nuevas consignas reformistas de la URSS. La confirmación del abandono soviético llegó al conocimiento de las autoridades checas de la mano de los medios de comunicación, que daban cuenta de la huida masiva de alemanes orientales hacia el Oeste, ante la pasividad de la URSS, y la impotencia del gobierno de la RDA. Desprovistas de su tradicional aliado, no solo defensivo, sino también ideológico, entraron en una dinámica de «pérdida de fe», que abrió líneas de fractura en la coalición gobernante y provocó la desertión de intelectuales hasta entonces más o menos al servicio del régimen (Schöpflin; 1996).

También la población tomó conciencia de la nueva situación a través de las noticias de Radio Free Europa (principal órgano de propaganda anticomunista en Checoslovaquia, bajo control estadounidense) y de las televisiones polaca, húngara y, sobre todo, germano-occidental. Los acontecimientos en los demás países generaron un «efecto dominó», por cuanto ponían en evidencia que, efectivamente, la URSS no estaba dispuesta a intervenir, y por lo tanto el cambio era posible. Los costes de la acción colectiva parecían asumibles, dado que la capacidad coercitiva del régimen había caído vertiginosamente.

El pistoletazo de salida para la movilización fue la manifestación estudiantil del 17 de noviembre de 1989. Jakěs cometió el error de ordenar la carga contra los manifestantes, error que habría de costarle el puesto, con el agravante de evidenciar la confusión y debilidad de la coalición gobernante. Ése sería el primer y único caso de represión contra una acción de la oposición por parte del régimen. Los antes dispersos grupos de disidentes se unieron en dos bloques, el Foro Cívico checo —con Václav Havel al frente—, y su hermano eslovaco, Público Contra la Violencia. Los objetivos de las cámaras del mundo entero enfocaron a los

manifestantes que los disidentes conseguían reunir, cada vez en mayor cantidad, en la plaza Wenceslao de Praga. Incluso las propias televisión y radio checas decidieron despojarse de la censura a finales de noviembre, y comenzaron a dar noticias de lo que se llamó «Revolución de Terciopelo». La atención internacional anulaba las ya escasas posibilidades de recurrir a la violencia por parte del gobierno, de modo que a medida que pasaban los días, más y más gente se unía a las manifestaciones, convencidos del respaldo de sus conciudadanos y de la incapacidad represiva del régimen. Tras pasado el umbral revolucionario, los gobernantes asumieron la evidencia de que su fin estaba próximo. Los contactos con la oposición tuvieron como fruto el fin del monopolio del partido comunista, el 29 de noviembre de 1989. En la práctica, este paso significaba la renuncia al poder por parte de la élite comunista. A partir de entonces, el futuro estaba en manos de la oposición.

3. Consideraciones finales

Siete años después de la Revolución de Terciopelo, cabe decir que la transición ha concluido en la antigua Checoslovaquia, hoy dividida en República Checa y Eslovaquia. A pesar de su inexperiencia y excesivo idealismo, los disidentes del 89, muchos de ellos hoy en el poder, han logrado conducir al país hacia la democracia, y hacer frente de manera pacífica y consensuada a las dificultades de la división. Ciertos elementos presentes en la cultura política de élites y masas han ayudado al éxito relativo de estos procesos, por ejemplo, la valoración positiva del consenso, la actitud dialogante, la tolerancia hacia el adversario. Otro factor cultural relevante fue la voluntad de «retornar a Europa», de romper con un pasado de aislamiento mediante la integración en las instituciones occidentales y la recuperación del prestigio internacional.

No obstante, transición y consolidación son dos dinámicas distintas. La consolidación se desarrolla en el medio y largo plazo, puesto que requiere la fijación en el tiempo de una serie de procedimientos e instituciones, y la adquisición de rutinas por la población y las élites. En la

medida que las autoridades contribuyan a la cristalización de esas prácticas, y logren implementar políticas que satisfagan las demandas, incrementando así la legitimidad específica del régimen, será más probable que la recién nacida democracia checa alcance la madurez. Pero queda aún mucho por recorrer en la construcción de una verdadera cultura política democrática: es preciso limar las herencias de desconfianza, infantilismo, apatía y actitud paternalista hacia el estado, que cuarenta años de comunismo han dejado impresas en los ciudadanos. Así como la frustración popular ante el descubrimiento de que la democracia no es un resorte mágico, capaz de solucionar todos los problemas con una convocatoria de elecciones.

NOTAS

¹ La transición a la democracia ha traído consigo, en el caso de Checoslovaquia, la división del Estado en dos unidades nacionales, y en el de la RDA la desaparición del propio Estado y su incorporación a una unidad nacional distinta (RFA).

² Pueden verse en este sentido las «guías para democratizadores» elaboradas por Samuel P. Huntington (Huntington; 1994).

³ Para una distinción entre legitimidad y consenso, ver Morlino; 1985: 180.

⁴ El apoyo a la democracia podría ser tan solo pasivo y circunstancial, no pudiendo hablarse entonces de auténtica legitimidad (Morlino; 1985: 180).

BIBLIOGRAFÍA

- ALMOND, G.; VERBA, S. (eds.) (1989): *The Civic Culture Revisited*, Newbury Park (California), SAGE Publications Inc.
- BROWN, (edit.) (1984): *Political Culture and Communist Studies*, Londres, Macmillan
- BROWN, J. F. (1994): *Hopes and Shadows. Eastern Europe after Communism*, EE.UU., Duke University Press
- DI PALMA, G. (1992): «Legitimation from the Top to Civil Society: Politico-Cultural Change in Eastern Europe», en Bermeo, Nancy (edit.), *Liberalization and Democratization. Change in the Soviet Union and Eastern Europe*, Londres; The Johns Hopkins University Press, pp. 49-80.
- GONZÁLEZ, C. (1995): «Transición, democracia y mercado en Europa del Este. Introducción», en *Zona Abierta 72/73*, Madrid, pp. 1-4.
- (1996): «Transición y consolidación democrática en Europa del Este», en González, Carmen y Taibo, Carlos, *La transición política en Europa del Este*, Madrid, Centro de Estudios Constitucionales, colección Cuadernos y debates, pp. 11-88.

- HAVEL, V. et al. (1985): *The Power of the Powerless*, Essex, (U.K.), Palach Press
- HUNTINGTON, S. P. (1994): *La tercera ola. La democratización a finales del siglo XX*, Barcelona, Paidós.
- KURAN, T. (1992): «Now out of the Never: The Element of Surprise in the East European Revolution of 1989», en Bermeo, Nancy, op. cit., pp. 7-48.
- MARAVALL, J.M.^a (1995): *Los resultados de la democracia. Un estudio del sur y el este de Europa*, Madrid, Alianza Editorial.
- MORLINO, L. (1985): Cómo cambian los regímenes políticos, Madrid: *Centro de Estudios Constitucionales*.
- (1986): «Consolidación democrática. Definición, modelos, hipótesis», en *REIS*, n.º 35, Madrid, pp. 32-61.
 - (1994): «Las democracias», en Pasquino, Gianfranco et alia, *Manual de Ciencia Política*, Madrid, Alianza Universidad, pp. 79-128.
 - (1994 b): «Los autoritarismos», en Pasquino, G. et alia, op. cit., pp. 129-178.
- NOELLE-NEUMANN, E. (1995): *La espiral del silencio. Opinión pública: nuestra piel social*, Barcelona, Paidós.
- RUSTOW, D. (1970): «Transition to Democracy. Toward a Dynamic Model», en *Comparative Politics*, vol. 2, n.º 3: pp. 337-363.
- SCHMITTER, P.C. (1992): *La Transitología: ¿Ciencia o arte de la democratización?*, conferencia pronunciada en la Universidad de Guadalajara, Mexico, el 28 de noviembre de 1992.
- SCHÖPFLIN, G. (1996): *Politics in Eastern Europe 1945-1992*, Cambridge (Massachusetts), Blackwell Publishers Inc. (1.ª edic. 1993).
- WOLCHIK, Sharon (1990): *Czechoslovakia in Transition. Politics, Economy and Society*.

La diferencia inquietante: viejas y nuevas estrategias culturales de los gitanos

Teresa San Román,
Madrid, Siglo XXI, 1997 (254 páginas)

Teresa San Román es conocida de antiguo por quienes se interesan en los gitanos y por quienes transitamos por esta Facultad hace más de veinte años. A los segundos, su humanidad nos dejó un recuerdo imborrable. Para los primeros, constituye un punto de referencia insoslayable.

La diferencia inquietante es su última aportación a un trabajo que se inicia en los años 70 y se hace público en 1976 con la aparición de *Vecinos gitanos*, obra que se ha hecho de consulta imprescindible. En él se incluyen, por lo tanto, las últimas investigaciones de la autora, que habían aparecido dispersas, poco asequibles o en catalán —hace ya muchos años que Teresa San Román vive y trabaja en Barcelona—.

La primera de ellas es una importante aportación a la historia de los gitanos en España. Llegados en el siglo XV, mantienen desde muy pronto una relación peculiar que, en sus rasgos básicos, se conserva aún hoy con la cultura dominante. Lo que más interesa, particularmente, es lo antiguo de la rela-

ción entre los gitanos y el quebrantamiento de la ley penal: «desde finales del siglo XV se les acusa de hurtos, hechicería, asociación con malhechores...» (p. 21). Pero cualquiera que sea el aspecto que se elija, sirve para demostrar la persistencia de ese modo especial de subsistencia en los intersticios de la sociedad española que mantiene la etnia gitana.

Y así, hasta los años sesenta del presente siglo, pasando por todos los avatares de la historia patria, incluida la Guerra Civil. Toda una veta de rica materia de investigación histórica sobre los márgenes del sistema y los procesos de normalización, muy pertinente en una época que está asistiendo a grandes movimientos migratorios.

La siguiente cuestión de interés que aborda la autora, en el capítulo «*permítanme un inciso teórico y metodológico sobre linajes*» es una discusión sobre la formalización de los grupos de parientes, clanes, o comunidades familiares de los gitanos. Con claridad meridiana, llegamos a entender cómo «la fuerza de un hombre se mide en varas» y por qué se organizan como se organizan los desplazamientos y asentamientos gitanos. Desde el punto de vista teórico, este apartado tiene un especial interés antropológico.

El resto del libro está ocupado por la historia reciente. La sociedad ha cambiado mucho en los últimos 30 años, y con ella los gitanos. El desarrollo de los 60 mejoró la situación económica de algunos y las expectativas de todos; en los setenta se dio un impulso bienintencionado a la integración, que ha dejado lecciones que aprender; los ochenta aproximaron a muchos no gitanos a los espacios marginales de supervivencia en que se movían, y la competencia se hizo mayor en ellos; han llegado grupos nuevos, de lugares más pobres, del Este... como todos.

El problema que plantea el libro es precisamente éste: ¿cómo puede sobrevivir un rasgo social quinientos años, amoldándose a todos los intentos para borrarlo, a tantos cambios acaecidos que podrían haber terminado con él? No puede decirse que lo resuelva, pero sí que da muchas y buenas razones para seguir investigándolo.

Sandra Gil y M.^a Jesús Miranda